

Rui Lage

Lo invisible

TRADUCCIÓN DE JUAN RAMÓN SANTOS

POSFACIO DE PEDRO SERRA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Título original: *O Invisível*,
Gradiva Publicações, S.A., 2018

Lo invisible
Rui Lage

Primera edición: mayo de 2020

- © Rui Lage / Gradiva Publicações, S.A., 2018
- © de la traducción del texto, Juan Ramón Santos
- © del posfacio, Pedro Serra
- © de la ilustración de la cubierta, Raúl Areces

Edición © La Umbría y la Solana, 2020
c/ Pez Austral, 11
28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es
www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela
Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-121203-4-9
Depósito legal: M-7265-2020

Impresión: Calprint Digital
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

ÍNDICE

Lo invisible	11
<i>Psicopomografías</i>	
Pedro Serra	289

Pero simpatizamos con el ocultismo, sobre todo porque suele expresarse de manera que muchos que leen, e incluso muchos que creen comprender, no comprenden nada. Esa actitud para el misterio es soberbiamente superior. Es, además, fuente copiosa de sensaciones de misterio y terror: las larvas de lo astral, los extraños entes de cuerpos diversos que la magia ceremonial evoca en sus templos, las presencias desencarnadas de la materia de este plano, que flotan en torno a nuestros sentidos cerrados, en el silencio físico del sonido interior. Todo eso nos acaricia con una mano viscosa, terrible, en el desamparo y la oscuridad.

Bernardo SOARES

«Declaración de diferencia»
(para ser incluida en el *Libro del desasosiego*)

Durban, 1899.

Todos los bosques primitivos están embrujados. Estaban antes de los hombres y de las palabras. Y antes de las palabras estaban callados, muertos, porque nadie había dado nunca testimonio de ellos. Prosperaban en un pasado que aún no pasaba, pues no había quien se diese cuenta de su paso. Mantenían callados secretos parentescos inaugurales, comunes a animales y plantas. En su sueño milenario se preparaban nuestros sueños, todavía sin imágenes, sin gestos, sin significados. Un sueño donde viejos dioses llevaban a cabo, emboscados, su aprendizaje. Donde esperaban, sin saber que esperaban, nuestro advenimiento, nuestra voz, soñando formas informes, metamorfosis. En esos sueños éramos soñados. Pero sin nuestra algarabía, ignorando aún que vendríamos, los dioses no tenían modo de despertarse. Tal vez algún rumor de ese pasado que no pasaba sobrevivía secretamente en las palabras con las que los hombres acabaron nombrando los seres y las cosas, separándolos de sí mismos para siempre.

Lo mismo que las piedras, las aguas y las nubes, que nos precedieron, los árboles que sobreviven en los bosques primitivos son espejismos del mundo que había antes de nosotros, espejismos de lo no pensado. Por eso internarse en esos

bosques es como volver atrás en el tiempo, y en los rincones más impracticables, donde se abren súbitas honduras bajo los pies, esa vuelta atrás puede no tener retorno. En cuanto a los bosques planificados por el Hombre en épocas recientes, plantados sobre suelo antes deforestado por quemas o por talas, son estériles para los dioses, y jamás alojarían a espíritus propicios. Lo que los convierte en embrujados es la falta. No son el escenario de una ausencia, son más bien como una casa construida para no ser habitada nunca, un sitio en el que hasta el viento está de paso.

Sin embargo, hay bosques más embrujados que otros. Los nativos de la provincia de Natal juran y perjuran que los bosques sudafricanos son los más embrujados que existen. Si se interna en la espesura movido por el hambre, tentado por la miel de las abejas salvajes o por la sandía silvestre, el zulú lo hace el tiempo estrictamente necesario. Y siempre acechando el borde, con mil ojos atentos que no descansan, entrenados para reconocer en cada sobresalto del follaje, en cada caída de una rama o en cada desprendimiento de un fruto, las seducciones de los terribles espíritus del bosque, que a menudo se encarnan en animales. Todavía no ha nacido el pastor hotentote que se adentre en la arboleda en busca de una fuente de agua sin preocuparse por los genios que viven allí, malignos o benignos, por más que le moleste la sed o le conmuevan los balidos de la cabra que, a punto de dar a luz, se ha refugiado en la sombra.

Evitados todo lo posible por quienes gozaban de salud, los bosques ejercían una intensa fascinación sobre los que estaban a punto de entregar el alma. Ya fuera porque buscasen entre las sombras alivio para sus últimas penas o porque respondiesen a una llamada inaudible para los vivos, era

frecuente que los moribundos los escogiesen para dejar escapar su último aliento. Se arrastraban hasta allí como podían, dejándose caer sobre camas de musgo mientras el azul del cielo iba dando lugar al verde de las copas. Los bosques se abastecían permanentemente así de nuevos espíritus desencarnados. Algunos de ellos incluso debían su fama a algún príncipe o guerrero de Zululandia que, herido por las balas del ejército colonial británico, los buscaba para morir bajo la cúpula de los árboles, pasando a habitarlos después de manera incorpórea. En cuanto a los bosquimanos, pueblo esquivo de cazadores-recolectores que yerra entre la sabana y el bosque, maestros del arte de la invisibilidad, se puede decir que sobreviven confundiendo con los fantasmas. Se sabe que los pactos mágicos que firmaban son los que les otorgaban inmunidad en las idas y venidas por unas sendas visibles solo para ellos.

Al caer la noche, y después de confiar los niños al sueño, el hechicero tomaba la palabra junto a la hoguera, que mantenía agazapada la oscuridad en los límites de la aldea. El clan reunido aprendía entonces acerca de las presencias que animaban los arbustos, que se posaban en las ramas, mostraban el rostro en las flores y se balanceaban en las enredaderas: los espíritus que no debían ser molestados y los que prestaban auxilio si eran abordados con la debida diplomacia, la variedad de ofrendas que debían depositarse en las cavidades de las raíces o bajo los troncos caídos, los medios para comprar paso seguro y para caer en gracia a los ancestros que mediaban en el trato entre lo visible y lo invisible, entre lo finito y lo infinito. En el interior de las cabañas de palos y paja que servían de abrigo a la mayoría de los locales, le correspondía a las esposas del patriarca ilustrar

sobre los tabús con la palabra y con el canto en el círculo doméstico. A veces mandaban llamar a un contador de historias que instruía por medio de poemas, acompañándose de una flauta. Para cuando el muchachito zulú lograrse acertar con un dardo en el pecho del antílope, sabía que estaba prohibido penetrar en el corazón del bosque, sobre todo en los recovecos con peor fama y de más arduo acceso. El cazador que, absorto en el rastro de la presa, se encontrase de repente en algún lugar recóndito, sabía que si escuchaba el golpear del hacha debía dar media vuelta, pues era probable que fuese el señuelo de un *amazimu*, criatura que solo tiene medio cuerpo y, por lo tanto, un solo ojo, un solo brazo y una sola pierna con la que se desplaza a saltos, y que, al tener solo media boca, profiere solo medias palabras, y que solo puede, por lógica, estar medio muerta. Los niños solían llevar collares con grasa de antílope, pues decían que era eficaz para protegerlos de los males de ojo y para mantener a distancia a hombres poseídos por antepasados caníbales que venían de noche a masticar las manos de quienes dormían.

Las mujeres se esforzaban en aterrorizar de manera conveniente a los más pequeños con relatos de fatalidades forestales. Las ancianas, cuanto más mayores más respetadas, guardaban el recuerdo de miembros de la tribu que nunca habían vuelto a ser vistos en el *kraal* tras internarse en el ombligo del bosque.

Para zulús y hotentotes, los bosques eran la madriguera de todo tipo de monstruos y pesadillas. Los árboles albergaban fuerzas maléficas, seres traicioneros con los que había que negociar el paso del rebaño o la extracción de corteza curativa, buena tanto para alejar a las garrapatas del ganado como para aliviar los dolores menstruales. Creían los indí-

genas que a través del tronco de los árboles era como los muertos subían al cielo, como por un ascensor orgánico. Por eso los moribundos buscaban en ellos un pasaje hacia lo que no se veía. Si estaban a punto de salir del mundo tan repetidamente visto y sufrido no era desde luego para ver y sufrir las mismas cosas en el otro. ¿Acaso no habían observado a lo largo de su vida que los troncos y las ramas suben rumbo a las nubes y que las raíces se abisman en las entrañas de la tierra? En el árbol se mezcla el aire luminoso, salpicado de azul, y la tierra oscura, absorbida por la base. En él se funden la sombra densa y el éter imponderable, uniendo dos mundos que se dirían inconciliables, pero entre los cuales circula la savia. Y cuanto más fina la sombra, la lámina en la alborada o la costura en la puesta de sol, más se rozaban y comunicaban los mundos coexistentes, aunando vida y muerte en amistad. Porque no se puede ver lo que va por dentro del árbol, tan solo las señales que envía hacia fuera, estallidos y crujidos, larvas y resinas, y con él nuestros antepasados aprendieron a imaginar y a simbolizar lo invisible. Porque si era invisible la labor interna que gobernaba los ciclos del árbol, lo invisible también debía urdir el destino de los hombres, silenciosamente, y la libertad para sufrirlo o afrontarlo. Con el tiempo, dejarían de ser bestias de carga de lo visible, siervos de su infierno intransitivo, para convertirse en sus huéspedes temporales.

De tales creencias y temores se reían los colonos, la mayoría ingleses, establecidos en el perímetro costero que iba de Ciudad del Cabo a Durban. No solo habían desaprendido acerca de los bosques, sino que habían erigido las ciudades europeas, la civilización, en su contra. Los bosques sagrados de la Antigüedad y de la Prehistoria eran enemigos, y que-

marlos era el modo de asegurar la erradicación de cultos e idolatrías contrarios a la razón. Porque en el bosque la razón era tan útil como un mechero en una casa en llamas. Para un londinense o un parisino el bosque es opaco. En él se sumen el tiempo y el espacio para dar lugar a otras categorías. En el desierto, la sabana o el mar, el espacio está disponible por entero de manera simultánea. Su extensión se puede medir. Un hombre se desplaza de un punto a otro porque lo puede vislumbrar desde la distancia y sabe lo lejos que está, o porque le han indicado la dirección y se dirige hacia allí en línea recta. Incluso en alta mar y en los desiertos, sorprendido por la niebla y por la tempestad de arena, avanza de manera calculada, con la brújula en la mano. Si la pierde podrá mantener el mismo rumbo avanzando recto o atento a las estrellas. Pero en el bosque no hay cielo ni horizonte. Ni formas comparables o contrastables. No hay analogía, solo anarquía, incontinencia. Todo es confusión y engaño. Ante un bosque desconocido el hombre solo puede desistir o penetrar. Y una vez que ha penetrado es como un animal desprovisto de sentidos que excava al azar bajo la tierra, sin saber si escapa hacia adelante o hacia atrás. Por eso los pueblos del bosque desarrollan otros sentidos y agudizan otras percepciones. Conocen por el tacto, encuentran por el olfato y por la escucha. Por la espera. Extraen de los ojos otro par de ojos. Lo primero de lo que se da cuenta el viajero perdido en el bosque es de que allí los ojos no sirven de gran cosa. Si nos encontramos hundidos en la vegetación, acorralados por las sombras, vemos menos, y sin embargo nos parece que las cosas exteriores, lo visible, son ahí mucho más profundos. Hasta que nuestros ojos se hacen más profundos y es el bosque el que vislumbra lo que sucede dentro

de nosotros. En el colmo de la ironía, para protegerse de esa profundidad insoportable, para defenderse de la condición salvaje de la naturaleza, los hombres transformaron las ciudades en bosques, en selvas oscuras. Y cuántos no habían plantado en su interior un bosque interminable, del que no salían jamás. Pero en África una ciudad todavía era un claro que los bosques estrechaban en un abrazo de paciencia perversa, acalorado por fiebres y humedades pegajosas.

No hacía mucho, los blancos habían venido a asediar el extremo sur del continente africano, a embalarlo, a enviarlo a metrópolis que habían olvidado el olor de la tierra, sin ser conscientes de que regresaban al suelo materno que un día los había visto erguirse sobre dos patas y permanecer erguidos sobre ellas, viendo más allá de los pedruscos y arbustos, retrayendo mandíbulas y rebajando laringes para articular el habla. Habían venido a domesticar la naturaleza. Descubrirían que se dejaba domar fuera de ellos, pero que los infectaba y devoraba por dentro haciendo que les crecieran colmillos en el corazón. Se descubrían cometiéndolo las mayores infamias, bestialidades tan grandes que algunos acababan por enloquecer después con el simple recuerdo o se volvían misántropos.

Durban había comenzado un par de décadas atrás a ramificarse a partir del conglomerado de calles y edificios que había crecido a la sombra del atareado puerto mercantil y a tantear las tierras aún salvajes del interior. La única mancha urbana digna de ese nombre se encontraba acorralada en una estrecha faja que en la lengua isizulú se llamaba KwaMalinde. Comenzaba en la bahía, dominada por el puerto, y subía después suavemente a lo largo de un kilómetro hasta toparse con la muralla de un bosque espeso que